

IX. EQUIPAMIENTO DE ORACIÓN PARA LOS PREDICADORES

«¡Vuelve! Vuelve a aquel aposento alto; vuelve de rodillas; vuelve a escudriñar el corazón y los hábitos, el pensamiento y la vida; vuelve a suplicar, orar y esperar, hasta que el Espíritu del Señor inunde el alma de luz y seas revestido de poder desde lo alto. Entonces sal en el poder de Pentecostés, y la vida de Cristo será vivida, y las obras de Cristo serán hechas. Abrirás ojos ciegos, limpiarás corazones inmundos, romperás las cadenas de los hombres y salvarás las almas de los hombres. En el poder del Espíritu que mora en ti, los milagros se convierten en lo cotidiano de la vida diaria.» —Samuel Chadwick.

Casi las últimas palabras pronunciadas por nuestro Señor antes de Su ascensión al cielo fueron aquellas dirigidas a los once discípulos, palabras que, en realidad, fueron habladas a los predicadores y que tienen que ver directamente con ellos, palabras que indican con mucha claridad la idoneidad necesaria que estos hombres debían tener para predicar el Evangelio, comenzando en Jerusalén: «Pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén», dice Jesús, «hasta que seáis investidos de poder desde lo alto».

Dos cosas se exponen con mucha claridad en estas urgentes indicaciones. Primera, el poder del Espíritu Santo por el cual debían esperar. Este debía recibirse después de su conversión, un requisito indispensable, equipándolos para la gran tarea que tenían por delante. Segunda, la «promesa del Padre», este «poder desde lo alto», vendría a ellos después de que hubieran esperado en oración ferviente y continua. Una referencia a Hechos 1:14 revelará que estos mismos hombres, con las mujeres, «perseveraban unánimes en oración y ruego», y así continuaron hasta el Día de Pentecostés, cuando el poder desde lo alto descendió sobre ellos.

Este «poder desde lo alto», tan importante para aquellos primeros predicadores como lo es para los predicadores de hoy, no era la fuerza de una mente poderosa, que abarca grandes verdades, las inunda de luz y las conforma

en belleza y elegancia verbal. Tampoco era la adquisición de una gran erudición, ni el resultado de un discurso impecable y completo según las reglas de la retórica. Nada de estas cosas. Ni tampoco este poder espiritual estaba entonces, ni está ahora, bajo la custodia de ninguna fuente terrenal de poder. El efecto y la energía de todas las fuerzas humanas son esencialmente diferentes en fuente y carácter, y no resultan en absoluto de este «poder desde lo alto». La transmisión de tal poder procede directamente de Dios, una concesión, en rica medida, de la fuerza y la energía que pertenecen solo a Dios, y que se transmite a Sus mensajeros únicamente en respuesta a una actitud de anhelo y lucha de su alma delante de su Maestro, consciente de su propia impotencia y buscando la omnipotencia del Señor a quien sirve, para comprender más plenamente la Palabra dada y predicarla a sus semejantes.

El «poder desde lo alto» puede encontrarse en combinación con todas las fuentes de poder humano, pero no debe confundirse con ellas, no depende de ellas y nunca debe ser reemplazado por ellas. Cualquier don, talento o fuerza humana que un predicador pueda poseer no debe hacerse primordial, ni siquiera visible. Debe ser ocultado, perdido, eclipsado por este «poder desde lo alto». Las fuerzas del intelecto y la cultura pueden estar todas presentes, pero sin este poder interior, dado del cielo, todo esfuerzo espiritual es vano e infructuoso. Incluso cuando le faltan los otros equipamientos pero tiene este «poder desde lo alto», un predicador no puede sino tener éxito. Es la única fuerza vital esencial y de suma importancia que un mensajero de Dios debe poseer para dar alas a su mensaje, para infundir vida a su predicación y para capacitarlo para hablar la Palabra con aceptación y poder.

Aquí es necesaria una palabra. Es preciso mantener las distinciones en mente. Debemos pensar con claridad sobre esta cuestión. «Poder desde lo alto» significa «la unción del Santo» que reposa sobre el predicador y permanece en él. Esto no es tanto un poder que da testimonio de que un hombre es hijo de Dios, como una preparación para entregar la Palabra a otros. La unción debe distinguirse del patetismo. El patetismo puede existir en un sermón mientras la unción está completamente ausente. Así también, la unción puede estar presente y el

patetismo ausente. Ambos pueden existir juntos; pero no deben confundirse, ni hacerse parecer la misma cosa. El patetismo promueve la emoción, el sentimiento tierno, a veces las lágrimas. Muy a menudo resulta de la relación de un incidente conmovedor, o cuando el lado tierno es peculiarmente apelado. Pero el patetismo no es el resultado directo ni indirecto del Espíritu Santo que reposa sobre el predicador mientras predica.

Pero la unción sí lo es. Aquí se nos da la evidencia de las obras de una agencia indescriptible en el predicador, que resulta directamente de la presencia de este «poder desde lo alto», profundo, consciente, vivificante y portador, que da poder y puntería a la Palabra predicada. Es el elemento en un sermón que despierta, conmueve, convence y mueve las almas de pecadores y santos. Esto es lo que el predicador requiere, el gran equipamiento por el cual debe esperar y orar. Esta «unción del Santo» libera de la sequedad, salva de la superficialidad y da autoridad a la predicación. Es la cualidad que distingue al predicador del Evangelio de otros hombres que hablan en público; es lo que hace un sermón único, diferente de la entrega de cualquier otro orador público.

La oración es el lenguaje de un hombre agobiado por un sentido de necesidad. Es la voz del mendigo, consciente de su pobreza, que pide a otro las cosas que necesita. No es solo el lenguaje de la carencia, sino de la carencia sentida, de la carencia conscientemente percibida. «Bienaventurados los pobres de espíritu», significa no solo que el hecho de la pobreza de espíritu trae la bendición, sino también que la pobreza de espíritu es percibida, conocida y reconocida. La oración es el lenguaje de aquellos que necesitan algo—algo que ellos mismos no pueden suplir pero que Dios les ha prometido, y por lo cual le piden. Al final, la oración pobre y la falta de oración equivalen a lo mismo, pues la oración pobre procede de una falta del sentido de necesidad, mientras que la falta de oración tiene su origen en el mismo terreno. No orar no es solo declarar que no hay nada necesario, sino admitir una no percepción de esa necesidad. Esto es lo que agrava el pecado de la falta de oración. Representa un intento de instituir una independencia de Dios, un gobierno autosuficiente que excluye a Dios de la vida.

Es una declaración hecha a Dios de que no lo necesitamos, y por lo tanto no le oramos.

Este es el estado en el que el Espíritu Santo, en Sus mensajes a las Siete Iglesias de Asia, encontró a la Iglesia de Laodicea, y «el estado laodicense» ha llegado a representar aquel en el que

Dios es excluido, expulsado de la vida, sacado del púlpito. Toda la condenación de esta Iglesia se resume en una expresión: «Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad», el estado más alarmante al que una persona, iglesia o predicador puede llegar. Confiando en sus riquezas, en su posición social, en las cosas externas y materiales, la Iglesia de Laodicea omitió a Dios, dejándolo fuera de sus planes y obras eclesiásticas, y declaró, por sus actos y por su omisión de oración: «De ninguna cosa tengo necesidad».

No es de extrañar que la declaración de autosatisfacción produjera su sentencia de castigo—«porque tú eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca». La idea transmitida es que tal estado de corazón descarriado es tan repulsivo para Dios como un emético lo es para el estómago humano, y así como el estómago expulsa lo que es objetable, el Dios Todopoderoso amenaza con «vomitar de Su boca» a estas personas que se encontraban en tal condición religiosa tan repulsiva para Él. Todo ello era rastreable a un estado de corazón sin oración, pues nadie puede leer esta palabra del Espíritu a esta Iglesia de Laodicea y no ver que el mismo núcleo de su pecado era la falta de oración. ¿Cómo podría una Iglesia, entregada a la oración, declarar abierta y jactanciosamente: «De ninguna cosa tengo necesidad», frente a la afirmación del Espíritu de que lo necesitaba todo: «Tú no conoces que tú eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo»? Además de su pecado de autosuficiencia y de independencia de Dios, los laodiceses eran espiritualmente ciegos. ¡Oh, qué embotamiento de la vista, qué ceguera del alma! Estas personas no oraban, y no conocían la importancia de tal falta de oración. Carecían de todo lo que constituye la vida espiritual, y la fuerza, y la piedad abnegada, y vanamente se suponían necesitadas de nada excepto de riqueza material, haciendo así de las posesiones temporales

un sustituto de la riqueza espiritual, dejando a Dios completamente fuera de sus actividades, confiando en recursos humanos y materiales para hacer la obra que solo es posible a lo divino y sobrenatural, y asegurada únicamente por la oración.

Ni se olvide que esta carta (al igual que las otras seis cartas) fue dirigida principalmente al predicador a cargo de la iglesia. Todo esto refuerza la impresión de que el «ángel de la iglesia» mismo estaba en este estado tibio. Él mismo vivía una vida sin oración, confiando en cosas distintas de Dios, diciendo prácticamente: «De ninguna cosa tengo necesidad». Pues estas palabras son la expresión natural del espíritu de aquel que no ora, que no se preocupa por Dios y que no siente la necesidad de Él en su vida, en su obra y en su predicación. Además, las palabras del Espíritu parecen indicar que el «ángel de la iglesia» de Laodicea era indirectamente responsable de esta triste condición en la que había caído la Iglesia de Laodicea.

¿No podría encontrarse este tipo de iglesia en los tiempos modernos? ¿No es probable que pudiéramos descubrir algunos predicadores de los tiempos modernos que caen bajo una condenación similar a la pronunciada sobre el «ángel de la iglesia» de Laodicea?

Los predicadores de la era presente superan a los del pasado en muchos, posiblemente en todos, los elementos humanos de éxito. Están bien al día con la época en erudición, investigación y vigor intelectual. Pero estas cosas ni aseguran el «poder desde lo alto» ni garantizan una experiencia religiosa viva y próspera, o una vida recta. Estos dones puramente humanos no traen consigo una percepción de las cosas profundas de Dios, ni una fe fuerte en las Escrituras, ni una intensa lealtad a la revelación divina de Dios.

La presencia de estos talentos terrenales, incluso en la forma más imponente e impresionante, y en la medida más rica, no disminuye en lo más mínimo la necesidad del don adicional del Espíritu Santo. Aquí radica el gran peligro que amenaza el púlpito de hoy. A nuestro alrededor vemos una tendencia a sustituir los dones humanos y las aptitudes mundanas por ese poder sobrenatural e interior que viene de lo alto en respuesta a la oración ferviente.

En muchos casos, la predicación moderna parece fallar precisamente en aquello que debería crear y distinguir la verdadera predicación, que es esencial para su ser, y que solo puede hacer de ella una agencia divina y poderosamente agresiva. Carece, en resumen, del «poder desde lo alto» que solo puede hacerla una cosa viva. No logra convertirse en el canal a través del cual el poder salvador de Dios puede llegar a apelar a las conciencias y corazones de los hombres.

Muy a menudo, la predicación moderna falla en este punto vital, por falta de ejercer una influencia potente que perturbe a los hombres en su sueño de seguridad y los despierte a un sentido de necesidad y de peligro. Hay una necesidad creciente de una apelación que avive y despierte la conciencia de su estupor ignoble y le dé un sentido de maldad y un sentido correspondiente de arrepentimiento. Hay necesidad de un mensaje que escudriñe los lugares secretos del ser del hombre, dividiendo, por así decirlo, las coyunturas y los tuétanos, y dejando al descubierto las profundidades misteriosas ante sí mismo y ante su Dios. Gran parte de nuestra predicación actual carece de esa cualidad que infunde nueva sangre en el corazón y las venas de la fe, que la arma de valor y habilidad para la batalla con los poderes de las tinieblas, y le asegura una victoria sobre las fuerzas del mundo.

Tales fines elevados y nobles nunca pueden ser logrados por cualificaciones humanas, ni pueden estos grandes resultados asegurarse por un púlpito vestido solo con los elementos humanos de poder, por muy graciosos, cómodos y útiles que puedan ser. Se necesita el Espíritu Santo. Solo Él puede equipar al ministerio para su obra difícil y responsable dentro y fuera del púlpito. ¡Oh, que el ministerio de hoy llegue a ver que su única gran necesidad es un revestimiento de «poder desde lo alto», y que esta única necesidad solo puede asegurarse mediante el uso de los medios de gracia designados por Dios—el ministerio de la oración!

La oración es necesaria para el predicador a fin de que sus relaciones personales con Dios se mantengan, y porque no hay diferencia entre él y cualquier otro tipo de hombre en lo que respecta a su salvación personal. Esto debe obrarlo «con temor y temblor», tal como todos los demás hombres deben

hacerlo. Así, la oración es de vasta importancia para el predicador a fin de que pueda poseer una experiencia religiosa creciente, y ser capacitado para vivir una vida tal que su carácter y conducta respalden su predicación y den fuerza a su mensaje.

Un hombre debe tener oración en su obra de púlpito, pues ningún ministro puede predicar eficazmente sin oración. También tiene uso para la oración al orar por otros. Pablo fue un ejemplo notable de un predicador que oraba constantemente por aquellos a quienes ministraba.

Pero llegamos ahora a otra esfera de la oración, la del pueblo orando por el predicador. «Hermanos, orad por nosotros». Este es el clamor que Pablo puso en marcha, y que ha sido el clamor de los predicadores de mentalidad espiritual—aquellos que conocen a Dios y que conocen el valor de la oración—en todas las edades sucesivas. Ninguna condición de éxito o lo contrario debe disminuir el clamor. Ningún grado de cultura, ninguna abundancia de talentos debe hacer cesar ese clamor. El predicador erudito, así como el iletrado, tiene igual necesidad de clamar al pueblo que sirven: «Orando también juntamente por nosotros». Tal clamor expresa la necesidad sentida del corazón de un predicador que siente la necesidad de que las simpatías de un pueblo estén en armonía con su ministro. Es solo la expresión del alma interior de un predicador que siente su insuficiencia para las tremendas responsabilidades del púlpito, que reconoce su debilidad y su necesidad de la unción divina, y que se arroja sobre las oraciones de su congregación, y les clama: «Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y por mí, a fin de que me sea dada palabra». Es el clamor de una profunda necesidad sentida en el corazón del predicador que siente que debe tener esta oración hecha específicamente por él para que pueda hacer su obra a la manera de Dios.

Cuando esta petición a un pueblo de orar por el predicador es fría, formal y oficial, se congela en lugar de fructificar. Ser ignorante de la necesidad del clamor es ser ignorante de las fuentes del éxito espiritual. No enfatizar el clamor, y no tener respuestas a él, es socavar las fuentes de la vida espiritual. Los predicadores deben hacer sonar el clamor a la Iglesia de Dios. Los santos en todas partes y de

todo tipo, y de toda fe, responden rápidamente y oran por el predicador. La necesidad imperativa de la obra lo exige. «Orad por nosotros», es el clamor natural de los corazones de los hombres llamados por Dios—predicadores fieles de la Palabra.

La oración santa en la iglesia primitiva ayudó poderosamente a la predicación apostólica, y rescató a los hombres apostólicos de muchas situaciones terribles. Puede hacer lo mismo hoy. Puede abrir puertas para las labores apostólicas, y labios apostólicos para pronunciar valiente y verdaderamente el mensaje del Evangelio. Los movimientos apostólicos esperan su ordenación de la oración, y avenidas largo tiempo cerradas se abren a la entrada apostólica por y a través del poder de la oración. El mensajero recibe su mensaje y es instruido en cuanto a cómo llevar y entregar el mensaje mediante la oración. El precursor del Evangelio, y lo que prepara el camino, es la oración; no solo por la oración del mensajero mismo, sino por la oración de la Iglesia de Dios.

Escribiendo en esta línea en su Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Pablo es primero general en su petición y dice: «Hermanos, orad por nosotros». Luego se vuelve más minucioso y particular:

«Por lo demás, hermanos, orad por nosotros», continúa, «para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo es entre vosotros. Y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe».

La Versión Revisada tiene por «corra» la palabra «se extienda». «La Palabra» significa doctrina, y la idea transmitida es que esta doctrina del Evangelio se propaga rápidamente, una metáfora tomada de la carrera de una competencia, y es una exhortación a esforzarse, a luchar arduamente, a gastar fuerzas. Así, la oración por la difusión del Evangelio da la misma energía a la Palabra del Señor, que el mayor despliegue de fuerza da éxito al corredor. La oración en el banco da a la Palabra predicada energía, facilidad y éxito. La predicación sin el respaldo de una poderosa oración es un esfuerzo tan flojo e inútil como pueda imaginarse. La falta de oración en el banco es un serio obstáculo para que la Palabra del Señor corra.

La predicación de la Palabra del Señor deja de correr y de ser glorificada por muchas causas. La dificultad puede residir en el predicador mismo, si su conducta externa está fuera de armonía con la regla de las Escrituras y su propia profesión. La Palabra vivida debe estar de acuerdo con la Palabra entregada; la vida debe estar en armonía con el sermón. El espíritu y el comportamiento del predicador fuera del púlpito deben correr paralelos con la Palabra del Señor hablada en el púlpito. De lo contrario, un hombre es un obstáculo para el éxito de su propio mensaje.

De nuevo, la Palabra del Señor puede dejar de correr, puede verse seriamente obstaculizada y lisiada por las vidas inconsistentes de aquellos que son sus oyentes. La mala vida en el banco lisiará seriamente la Palabra del Señor en sus intentos de correr en su curso designado. Las vidas inicuas entre los laicos pesan mucho sobre la Palabra del Señor y obstaculizan la obra del ministerio. Sin embargo, la oración eliminará esta carga que obstaculiza seriamente la Palabra predicada. Tendrá a hacer esto de manera directa, o de manera indirecta. Pues así como pones a los laicos a orar, por el predicador o incluso por ellos mismos, despierta la conciencia, conmueve el corazón y tiende a corregir los malos caminos y a promover la buena vida. Ningún hombre orará mucho tiempo y continuará en pecado. La oración destruye la mala vida, mientras que la mala vida destruye la oración. La oración va a la bancarrota cuando un hombre va al pecado. Obedecer el clamor del predicador, «Hermanos, orad por nosotros», pone a los hombres a hacer lo que inducirá una vida recta en ellos, y tenderá a apartarlos del pecado. Así sucede que no vale poco conseguir que los laicos oren por el ministerio. La oración ayuda al predicador, es una ayuda para el sermón, asiste al oyente y promueve la vida recta en el banco.

La oración también mueve al que ora por el predicador y por la Palabra del Señor a usar toda su influencia para eliminar cualquier obstáculo a esa Palabra que él pueda ver, y que está en su poder eliminar.

Pero la oración llega directamente al predicador. Dios escucha la oración de una iglesia por su ministro. La oración por la Palabra predicada es una ayuda directa para ella. La oración por el predicador da alas al Evangelio, así como pies.

La oración hace que la Palabra del Señor avance fuerte y rápidamente. Quita los grilletes del mensaje y le da la oportunidad de correr directamente a los corazones de pecadores y santos por igual. Abre el camino, despeja la pista, proporciona un curso libre. El fracaso de muchos predicadores puede encontrarse justo aquí. Fue obstaculizado, impedido, lisiado por una iglesia sin oración. Los oficiales que no oraban se interpusieron en el camino de la Palabra predicada, y se convirtieron en verdaderas piedras de tropiezo en el camino de la Palabra, impidiendo definitivamente que llegara a los corazones de los no salvos.

La incredulidad y la falta de oración van juntas. Está escrito de nuestro Señor en el Evangelio de Mateo que cuando entró en su propia tierra, «no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos». Marcos lo expresa un poco diferente, pero dando la misma idea: «Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y se asombró de la incredulidad de ellos». Sin lugar a dudas, la incredulidad de aquel pueblo obstaculizó a nuestro Señor en Su obra misericordiosa y ató Sus manos. Y si eso es verdad, no requiere una tensión indebida de las Escrituras cuando decimos que la incredulidad y la falta de oración de una iglesia pueden atar las manos de su predicador y evitar que haga muchas grandes obras en la salvación de las almas y en la edificación de los santos. La falta de oración, por lo tanto, en lo que concierne al predicador, es un asunto muy serio. Si existe en el predicador mismo, entonces él ata sus propias manos y hace que la Palabra predicada por él sea ineficaz y vana. Si se encuentran hombres sin oración en el banco, entonces perjudica al predicador, le roba una ayuda invaluable e interfiere seriamente con el éxito de su obra. ¡Cuán grande es la necesidad de una iglesia que ore para ayudar a la predicación de la Palabra del Señor! Tanto el banco como el púlpito están conjuntamente interesados en este negocio de la predicación. Es una sociedad. Los dos van de la mano. Uno debe ayudar al otro, uno puede obstaculizar al otro. Ambos deben trabajar en perfecta armonía o resultará un daño serio, y el plan de Dios concerniente al predicador y a la Palabra predicada será derrotado.